

DISCURSO DEL CONSEJERO FEDERAL, SEÑOR FLAVIO COTTI

Excelencias,
señor presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja,
señor presidente del Consejo de Estado,
señora presidenta del Gran Consejo,
señor alcalde,
señoras y señores:

Suiza recibe a ustedes esta mañana con sentimientos de plena alegría y al mismo tiempo, de gran preocupación.

Nos complace comprobar que el llamamiento hecho a la comunidad internacional haya tenido un eco tan amplio y que un número representativo y universal de Estados haya respondido a nuestra invitación.

Pero el motivo de ésta fue, ante todo, la angustia. Mientras que la guerra debería estar prohibida como medio para solucionar los conflictos, en realidad asistimos al recrudecimiento de violentos combates en un creciente número de países y territorios. Son diversas las formas de estos conflictos armados. Las situaciones que han dado lugar a su desencadenamiento son, con mucha frecuencia, la miseria, la ignorancia, el odio y el subdesarrollo. Pero lo que asombra es la falta de humanidad y la ausencia total de sentimiento humano de compasión, que caracterizan hoy a la mayoría de los conflictos armados.

Lo sabemos bien, señoras y señores, y basta mirar sin prejuicios a lo profundo de nuestras propias almas. Encontraríamos en ellas una naturaleza humana capaz de hacer las reflexiones más elevadas y más nobles, de gran abnegación y de sentimientos solidarios y, al mismo tiempo, diariamente sometida a la tentación de la mediocridad, del egoísmo, incluso del odio. Naturaleza humana, insondable, desgarrada, contradictoria. «¿Qué quimera es, pues, el ser humano? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio!» (Blas Pascal). No obstante, si nos hemos reunido aquí, señoras y señores, es porque creemos que el ser humano tiene la posibilidad de dejar atrás sus contradicciones y, diría incluso, de vencer su naturaleza, gracias a la conjugación de la razón, de la que es el único poseedor sobre la tierra, y de la emoción que le permite, a veces, sobrepasarse a sí mismo.

La emoción ya había hecho estremecer, y actuar, a nuestro ilustre compatriota Henry Dunant hace más de ciento treinta años. Esta emoción nos asalta todas las noches cuando vemos las alucinantes imágenes, procedentes de todos los horizontes de nuestro tristemente turbulento planeta.

La razón y la emoción fueron para él el origen de una exigencia moral, que formuló en algunos principios sencillos y claros, para los que no es necesario exégesis alguna. Hoy, sentimos la necesidad de una ética de inspiración no menos vinculante: incumbe a nuestra generación de estadistas, responsables políticos, hombres de buena voluntad alzarnos ahora para obstaculizar la barbarie.

Pues se trata de la salvaguardia de la vida civilizada, por consiguiente, de la dignidad humana. La vida humana es un valor absoluto, un misterio que tenemos en común más allá de todas las diferencias y las barreras que nos separan. ¡Estamos aquí para proclamar solemnemente nuestra voluntad de protegerla!

Nos reunimos aquí para proclamarla con vigor. Éste es el mensaje que el Gobierno suizo me solicitó que transmita a todos los países. Más allá de las divergencias legítimas y de los intereses, algunas veces inevitablemente opuestos, hay valores tan fundamentales a los que, por ninguna razón, podríamos renunciar, como los derechos humanos, la apertura solidaria, el respeto (tan actual y fundamental) de las normas básicas del estado de derecho: ¿cuántos otros valores podría citar el Gobierno suizo? Hoy estamos aquí para recordar el más simple y más elemental de esos valores: el sentido humanitario que debe existir incluso cuando se hayan olvidado, desafortunadamente, todos los demás.

Es simbólico comprobar que, incluso antes de que comenzara la era actual de la cooperación internacional, con todas sus ramificaciones y sus órganos especializados, la humanidad ya se había reunido, en 1864, para dar vida al Primer Convenio de Ginebra, que se convirtió en la Carta Fundamental y del que Suiza es, tradicionalmente, el país depositario.

Con este espíritu actúa la Institución única e irremplazable que llamamos Comité Internacional de la Cruz Roja, organismo encargado de velar por la aplicación de los Convenios de Ginebra y que realiza su labor con distinción, entrega y gran determinación. Le rindo homenaje por el servicio muy directo y concreto que presta sencillamente a toda la humanidad. Su experiencia, autonomía y personalidad diplomática le permiten desempeñar con total independencia un cometido de primer plano en las, desafortunadamente, demasiado numerosas intervenciones, en las que despliega su incansable actividad. Conviene

asociar este homenaje a su presidente, señor Cornelio Sommaruga, hombre de convicción y de acción, último amparo, algunas veces, de los más desfavorecidos y los más abandonados.

El Comité es el colaborador privilegiado y respetuoso de los Estados; neutral, imparcial, se muestra intransigente cuando es el abogado de grupos de población maltratados, oprimidos, no protegidos. Su actitud siempre se guía por los Convenios y sus Protocolos adicionales. Es el leal colaborador de las organizaciones internacionales, intergubernamentales o no, de las que, en primer lugar, quisiera yo citar a las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, representadas aquí por su Federación Internacional, presidida por el señor Villarroel Lander.

Con las Naciones Unidas y el Alto Comisionado para los Refugiados, el CICR mantiene, asimismo, relaciones permanentes de diálogo que dan lugar a acciones convergentes en favor de las víctimas. Cada uno en su ámbito actúa con total abnegación para aliviar los sufrimientos de las víctimas.

Señoras y señores, los valores de los que hablo ya están ampliamente arraigados en el derecho. El derecho internacional humanitario, solemne y apremiante, forma parte, no obstante, de la categoría de normas jurídicas menos respetadas en el mundo, con demasiada frecuencia ignoradas en las campañas militares que se suceden y se intrincan en el mundo. Existen, pues, las normas de derecho; lo que hace falta, demasiado a menudo, es que sean respetadas. Pero es precisamente ésta la razón por la que ustedes están aquí.

Somos conscientes de la acuciante necesidad de reaccionar. No queremos, de ninguna manera, desentendernos de tantos horrores que, podrían, por lo demás, tarde o temprano, hacer correr riesgos directamente a nuestra propia seguridad.

Para ello tenemos un instrumento a toda prueba, adaptado a las soluciones tecnológicas y políticas de los conflictos armados de toda índole.

En estas condiciones, es necesario reafirmar sin ambages la obligación que todos tenemos, como países responsables, de respetar y hacer respetar el derecho internacional humanitario; por ello los ha reunido el Consejo Federal suizo.

Sin duda, una noble asamblea de dignatarios internacionales que se reúnen durante algunas horas para aprobar un texto, incluso de un muy gran alcance intelectual, moral y político, puede parecer irrisorio y sin proporción con la aterradora realidad de los conflictos sobre el terreno, donde se combate o donde se trata de prestar socorro. Por supuesto, habrá personas que critiquen fácilmente a los países y a los Gobiernos

que, discretamente reunidos en Ginebra, se contentan con palabras que, desgraciadamente, corresponden en muy corta medida a algunas de las situaciones reales. Pero, señoras y señores, hablando una vez más de la naturaleza humana, ¿podría ésta, de vez en cuando, no necesitar que se le recuerden lisa y llanamente, sin equívocos, los valores que encarna?; ¿no es necesaria, de tanto en tanto, la reflexión que lleva al compromiso para recordar, exhortar y comprometerse?

Nuestros intentos van hacia la acción, hacia la aplicación efectiva de las disposiciones del derecho cuyo valor y cuya existencia queremos proclamar en estos días.

Excelencias, señoras y señores, estimados colegas:

Nuestra Conferencia y la declaración final propuesta sólo tienen sentido si, tras ellas, hay una reacción que permita aplicar efectivamente las ideas y los proyectos que hemos de confirmar.

Teniendo en cuenta la índole de esta Conferencia, la urgencia con la que ha sido convocada en medio de espantosos dramas y los problemas que en ella se quieren evocar, creo que debemos olvidar, en la mayor medida posible, las querellas y los litigios políticos que separan a muchos de entre nosotros. Solicito a ustedes, firmemente, que hagan ese gran esfuerzo de tolerancia, a fin de dilucidar, de entrada, el espíritu común y solidario que debe unírnos para que podamos aprobar la declaración final. Velaré, como presidente de la Conferencia, por que se haga todo lo necesario, con objeto de que esta tolerancia reine, sin excepción, en estas jornadas en Ginebra. Respeto las diferentes opiniones, los intereses algunas veces contradictorios que los Estados legítimamente defienden, pero les pido que no los tengan muy en cuenta, para que podamos alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto. Recurro a una tregua voluntaria, a una excepcional moderación, en el marco de una Conferencia que, en realidad, no puede compararse a ninguna otra, a fin de que sea aun más visible y más fuerte el objetivo que juntos queremos alcanzar, dejando de lado cualquier otra consideración. Soy consciente de lo inhabitual de esta solicitud; reitero que no desconozco el valor de las concepciones divergentes, de las reivindicaciones prioritarias tanto de unos como de otros.

Pero, antes de poder luchar válidamente por ellas, debemos cerciorarnos de que el pedestal sobre el que se construye la vida internacional es sólido. Ahora bien, se encuentra amenazado. La guerra, con su cortejo de inhumanidad, socava todo el sistema de cooperación

internacional construido con tantos esfuerzos y mediando tantas vicisitudes desde hace cien años.

Así pues, la labor más urgente parece ser ahora la de consolidar la base de todas las vidas sobre la tierra, incluso antes de pensar en que reinen la paz y la justicia. Por no haber podido erradicar la calamidad de la guerra, nosotros, pueblos del mundo, queremos, en primer lugar, contenerla y proteger a las víctimas inocentes, desesperadas; será entonces, más fácil eliminar la guerra misma, dar algunos pasos por el camino de la utopía.

* * *

DISCURSO DEL SEÑOR CORNELIO SOMMARUGA, PRESIDENTE DEL CICR

Relator especial

Señor Consejero Federal,
señor presidente del Consejo de Estado,
señora presidenta del Gran Consejo,
señor alcalde,
Excelencias,
señoras y señores,

¿Cuántos llamamientos deben hacer las víctimas de la guerra para que se les escuche? Ante la amplitud de los dramas de que hoy somos testigos, la iniciativa del Gobierno suizo de celebrar esta Conferencia se imponía como una medida urgente y necesaria para restituir al derecho internacional humanitario toda su autoridad.

El Comité Internacional de la Cruz Roja no desconoce las dificultades a las que deben hacer frente los Estados para instaurar un orden internacional más pacífico y más respetuoso de los valores humanitarios fundamentales. En este contexto, el informe que les ha sometido debería contribuir de manera útil, así lo espero, a orientar su reflexión.

Este informe describe el drama de las víctimas. Denuncia la escalada de la violencia, del horror y de la barbarie cuando se rechazan los Principios Fundamentales de la Humanidad. Y se proponen medios para subsanar la situación.